

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año VII — Santiago, Diciembre de 1930 — Núm. 70

---

---

Thomas Mann.

(Premio Nobel de Literatura)

## ENSAYO SOBRE ANDRES GIDE

**E**L prestigio de que goza Andrés Gide en su país es una de las más bellas y más notables manifestaciones de la vida intelectual contemporánea. Se podría haber pensado que algunas de sus tendencias impedirían que la opinión pública le otorgara toda la consideración deseada y le confiriese el título de escritor representativo. Pero esa mezcla de tradición y de europeísmo, de sentimiento conservador y de osadías que encontramos en él, logra vencer todos los obstáculos de tal manera que, hoy en día, en Francia no existe fama literaria menos discutida que la suya. El hecho de que en lo que le concierne la franqueza absoluta de sus confesiones creara la soledad en torno suyo, ha quedado sin efecto. Recordemos que sus amigos se creyeron obligados, para no comprometerse, a desaprobár su sinceridad sin recato, y juzgaron imposible permanecer en relaciones con él. Recuérdese el gesto terrible con el cual respondió al entredicho; puso a la venta todos los libros que le habían sido ofrecidos y en una subasta pública se desembarazó de todos aquellos que arbolaran dedicatorias de

sus colegas. Este renegar público y sensacional era extraordinariamente revelador del carácter del hombre.

En ese momento se trataba del *Corydon*, pero de igual manera hubiera sido recibido el libro de título bíblico cuya versión alemana acaba de sernos presentada (1). La traducción del título, si no es exactamente rigurosa, es sin embargo legítima, puesto que sitúa la obra bajo la égida de Goethe. En efecto, tiene mucho de Goethe ese protestante francés, que durante la entrevista en Pontigny, en la que franceses y alemanes se pusieron de acuerdo acerca de cuales eran los tres espíritus que habían despertado y avivado el sentimiento vital en los contemporáneos, para indicar que la selección de Whitman, Nietzsche y Dostoyevski sólo le complacía a medias, exclamó: «Yo, en todo eso, necesito a Goethe». Además, acaso el genio mismo de Goethe no guarda suficientemente la huella del espíritu protestante, nutrido en las Escrituras, para justificar el empleo de una cita tomada en el *Selige Schnusucht* con la cual se traducen las palabras del Nuevo Testamento.

La influencia de Rousseau, lo mismo que en *Dichtung und Wahrheit*, se hace, sentir en la autobiografía de Gide, el cual, por su modo de considerar la vida, permanece más cercano al maestro que el clásico alemán cuyo tono dogmático y noble reserva y el sello de circunspección y prudencia que conservaba, estarían completamente fuera de sitio en la actualidad. El autor francés, al descubrir toda la verdad, no obstante el tono moral y estrictamente intelectual de su obra, no podía menos de escandalizar a sus lectores en un país que se decide a duras penas a dejar de considerar la literatura como el adorno de los salones. Sin embargo, el hecho de ver publica-

---

(1) El autor se refiere a *Si le grain ne meurt*, conforme el título francés.

das y puestas a la venta estas confesiones (juiciosamente expurgadas, es verdad), constituye un triunfo de la actualidad sobre la tiranía social y una manifestación del poder de la literatura que logra liberarse de las convenciones.

Nos felicitamos porque la edición alemana haya reducido al mínimo esas depuraciones: creo que un solo episodio de las aventuras eróticas de Argelia ha sido sacrificado al «buen gusto», a ese buen gusto cuya autoridad es justamente debatible en ciertas circunstancias. Acaso no se debería dejar entera libertad a un escritor de la talla de Gide, autor de *Los Falsos Monederos*, uno de los libros de mayor significación, presagio e incitación a la vez de la crisis por la cual atraviesa la novela moderna. ¿No se debería tener confianza en él y dejarlo dueño de decidir hasta dónde se pueden llevar la franqueza y la total revelación de la verdad cuando está dispuesto a asumir la responsabilidad ante el mundo entero? ¡Es tan difícil, aun para el escritor animado de la voluntad más firme, de la más valerosa, forzar el retiro de la verdad!

Mi intención—dice Gide en una nota agregada al pie de una página de la historia de su vida—ha sido siempre la de contarla toda. Pero hay un grado en la confianza que es imposible traspasar sin artificio, sin violentarse, y yo, sobre todo, busco la naturalidad. . . Las Memorias nunca son sinceras más que a medias, porque por grande que sea la preocupación de la verdad, las cosas son siempre mucho más complicadas de lo que se dice.

Sea lo que fuese, este libro, como es el caso de Rousseau, ostenta en cada página la huella de la resolución de pintar al ser en su desnudez y verdad. No es lo que Nietzsche llamaría una biografía «inteligente». El autor del *Inmoralista* habla en un momento dado del «moralista que duerme en él». Se estará en lo justo si se considera a ese moralista como la fuente

de la despiadada exactitud de su análisis, puesto que, precisamente, se trata de la moral de un inmoralista, es decir, de una moral individual, que adolescente aun, sintió que ascendía desde las profundidades de su ser y que logró expresar en una fórmula directamente contraria a los principios de educación cristiana o puritana que había recibido. El conde de Bonnières fué quien lo obligó a hacer esta declaración. Es, en efecto, ese hombre de letras el que sostenía que la obra de un artista debe revestir la fórmula de una píldora, debe expresarse en dos palabras; en suma, que todo aquello que no pueda concentrarse no debe pretender la inmortalidad. Así que insistió cerca de su joven colega hasta que éste, exasperado, le soltó el siguiente aforismo: «Todos nosotros debemos representar.»

Estas palabras necesitan explicación y el autor precisa su sentido cuando describe una crisis de liberación que nos parece un tanto pueril y de interés relativo, sobre todo hoy, que tenemos los oídos cansados con «el derecho de vivir la vida» y el drama de la libertad individual; cuando la idea misma de la libertad es ya un tema usado y la determinación absoluta del *yo* está a la orden del día (en efecto, se trata de llegar a descubrir el lazo absoluto y de todos lados surgen sugerencias equivalentes). Pero lo relativo se encuentra ya en la noción de liberación: la vida misma es relativa y su relatividad es más sagrada y más real que cualesquiera de esas abstracciones llamadas «movimiento». Cuando se trata de una liberación real, relativa y personal, la idea de libertad no puede menos de volver a gozar de primacía, aún cuando no figure entre los problemas actuales, y ahora mismo la fórmula de Gide podría imponerse a un espíritu joven con todo el atractivo de una nueva conquista.

En ese momento—dice—la moral según la cual había yo vi-

Ensayo sobre Andrés Gide

vido hasta entonces, cedía desde poco tiempo ha, a no sabía bien aun qué visión más acariciadora de la vida.

Comenzaba a parecerme que quizá el deber no era el mismo para todo el mundo y que el mismo Dios podría sentir horror por esa uniformidad contra la cual protestaba la naturaleza, pero a la cual tendía, según me parecía, el ideal cristiano al pretender doblegar mi naturaleza; ya no admitía sino morales particulares que a veces presentaban imperativos opuestos.

Me persuadía de que cada ser, o cuando menos cada elegido, tenía un papel que desempeñar sobre la tierra, precisamente el suyo, y que en nada se semejaba al de ningún otro, de manera que todo esfuerzo para someterse a una regla se convertía a mis ojos en una traición. Sí, traición que asimilaba a ese gran pecado contra el espíritu «que no sería perdonado», por medio del cual el ser particular perdía su significado preciso, irremplazable, su «saber» que jamás podría serle devuelto... , estaba embriagado por la diversidad de la vida que comenzaba a revelármese y por mi propia diversidad.

Se ve claramente cuál es la fuente de este individualismo moral de inspiración protestante, de esta conmovedora aspiración hacia la libertad evangélica y el por qué se siente obligado a representar «un ser particular». Es la variabilidad sexual y, sobre todo, su propia diversidad sexual la que en un principio cree deber calificar de disociación constitucional del placer y del amor y que, en seguida, se manifiesta por la dirección clara del deseo que elige por objeto seres jóvenes del mismo sexo. Un verdadero análisis de la homosexualidad, de ese fenómeno tan natural y tan complicado y tan complejo, jamás ha sido intentado y deberá serlo algún día, Pero lo que por el momento nos interesa es este hecho que toca a la vez la psicología y la moral: para nada era la dirección anormal del deseo la que entraba en conflicto con los principios que su educación puritana le había inculcado, sino solamente las reivindicaciones de la carne, la sensualidad misma. En efecto, escribe:

...Porque no se trataba de lo que mi deseo reclamaba en

tanto que creí deberle negar todo. Pero entonces llegué a dudar de si Dios mismo exigía semejante constrictión, si no era impío debatirse sin cesar y si no era en contra de El—si en esa lucha en la cual me hallaba dividido debería razonablemente culpar al otro.

Por fin entreví que ese dualismo discordante podría quizá resolverse en una armonía. Inmediatamente me pareció que esa armonía podría constituir mi meta soberana y que pretender obtenerla daría a mi vida su razón sensible.

Así es como el primer viaje de Gide a Argel en 1893, a los veinticuatro años, adquiere un sentido que recuerda de manera impresionante el papel que el viaje a Italia desempeña en la vida de Goethe. Acaso no se impone esta evocación al analizar las tendencias secretas que lo arrastraron a la aventura. El y su joven compañero, el pintor J. P. Laurens, cansados ambos de la duda, de la inquietud, del romanticismo y de la melancolía, experimentan el horror de lo particular, de lo extremo, de lo morboso, de lo anormal... (sic).

Y en la conversación que tuvimos antes de la salida nos incitamos mutuamente hacia un ideal de equilibrio, de plenitud y de salud.

Eso fué, según creo, mi primera aspiración hacia lo que se llama hoy el clasicismo. Hasta qué punto se oponía a mi primer ideal cristiano es lo que jamás podré decir suficientemente y fué cosa que comprendí inmediatamente desde luego, ya que me negué a llevar mi Biblia conmigo.

Pero la analogía está aún más marcada en la descripción que Gide hace de su estado de ánimo al regreso.

Traía conmigo un secreto de resucitado y desde luego conocí esa especie de angustia abominable que debe haber gustado Lázaro, escapado de la tumba. Nada de lo que antes me ocupara me parecía aún importante ¿Cómo había podido respirar hasta entonces en aquella atmósfera pesada de los salones

y los cenáculos en donde la agitación de cada cual levantaba un perfume de muerte?

Y sin duda también mi amor propio sufría al ver que el curso ordinario de las cosas había tenido tan poca cuenta de mi ausencia y que ahora cada quien seguía su paso como si yo no estuviera de vuelta. Mi secreto ocupaba tal lugar en mi corazón, que me asombraba no ocupar yo mismo uno más importante en el mundo. Cuando más podía perdonar a los otros que no conocieran que yo había cambiado; cuando menos, cerca de ellos, ya no me sentía el mismo; tenía cosas nuevas que decir y ya no podía hablarles. Hubiera querido persuadirlos y entregarles mi mensaje, pero ninguno se inclinaba a escucharme. Seguían viviendo, todos continuaban su camino y aquello con lo cual se contentaban me parecía tan miserable, que hubiera gritado por la desesperación de no poderlos vencer.

Tal estado de extrañamiento (del cual padecía especialmente cerca de los míos), podría haberme conducido fácilmente al suicidio...

Este pasaje se convierte casi en uno de imitación literaria (que se me perdone esta palabra; quiero decir que Gide es un discípulo; si verdaderamente experimenta una influencia, eso no impediría en forma alguna que su emoción fuese absolutamente sincera). ¿Habría leído ya Gide a Nietzsche cuando se dió cuenta de que la moral cristiana pone en peligro la vida y «los instintos más fuertes»? ¿Conocería ya la autobiografía de Goethe cuando experimentaba sentimientos tan cercanos a los de Goethe en Weimar después del viaje a Italia? Lo ignoramos aún. Gide jamás es pródigo en confidencias tocante a su formación intelectual. En todo caso es innegable que Alemania desempeñó tempranamente un papel en el desarrollo de su espíritu, como lo prueban aquí y allá frecuentes citas. Precisamente en la edad en que nuestras aspiraciones no miraban más alto, el joven francés leía en el original el *Buch der Lieder* de Heine.

Un rasgo curioso de estas memorias es que la necesidad irresistible de confesión, que en un principio

desconoce límites, tampoco excluye la reticencia. Por momentos Gide carece de expansión. Roger Martin du Gard no se engañaba al reprocharle cierta reserva parsimoniosa, que, es verdad, con frecuencia sólo es momentánea y a continuación, cuando las circunstancias lo permiten, se halla reparada, ya que es imposible decirlo todo en una sola ocasión. Sin embargo, me veo precisado a hacer notar que esas omisiones, remediadas más tarde, cuando el lector ya no lo espera, denotan una debilidad de composición, cuando menos, siempre que se hallan relacionadas con el dominio psíquico, como por ejemplo, las emociones resumidas en el momento del relato de la aventura con el pequeño Mohamed en Blidah. Para explicar bien la embriaguez, «el júbilo estremecido» de aquella noche, se ve obligado a describirnos los tormentos que le causara la incertidumbre ante el llamado de los sentidos, la anarquía y la privación excesiva que se extendieron sobre largos períodos de su vida anterior y que en forma alguna solicitaron nuestra atención en el tiempo deseado. Me parece que esta técnica no conviene al género de la novela. Esta descripción impresiona, pero aparece demasiado tarde. El lector se ve obligado a desandar el camino, sintiéndose completamente necio, como quien tiene que confesarse: «Y yo que no sospechaba nada.»

Si hacemos esta crítica es para afirmar inmediatamente con tanta más admiración y agradecimiento que, entre todas las Memorias, la autobiografía de Gide es una de las obras con las cuales se encariña uno más y que constituye una de las más ricas revelaciones de la naturaleza humana que poseamos. El temperamento físico y moral que ha dado nacimiento a tantas obras maestras literarias de importancia mundial, felizmente casi todas traducidas al alemán, se halla descrito en su vida íntima con toda su originalidad caprichosa; jamás habíamos tomado con-

tacto con lo que Gide llama el «sabor» del individuo. Socialmente aparece bajo los rasgos de un hijo de buena familia, rico, de salud delicada, al que se educa con solicitud, que habla al estilo de un niño mimado de la aristocracia de «Mamá», de su tío Carlos, de su tía «Henri», lo que en nosotros evoca la ingenua precocidad de los austriacos, los cuales nos hacen sonreír cuando les oímos decir: «Usted sabe que papá estuvo tan enfermo». El análisis de los sentimientos respecto a su «Mamá», esa ternura mezclada de cierta irritación que suscitaba la tiranía de la educadora, es uno de los méritos mayores de la obra.

La muerte de esa madre, al final del libro, es inolvidable, sobre todo debido a la confesión que provoca, gracias a la cual se nos revelan la frialdad, la curiosidad y la inclinación al entusiasmo de este carácter extraño:

Las penas personales no son las que pueden arrancarme lágrimas; en esas ocasiones, por doloroso que se halle mi corazón, mi faz o mi semblante permanece seco. Es porque siempre una parte de mí mismo se echa hacia atrás para ver a la otra burlarse y decirle: «¡Vamos! ¡Ni que fueras tan desgraciado como pareces!» En cambio, grande es la abundancia de lágrimas que vierto si se trata de penas ajenas que, con frecuencia, siento mucho más que las propias; pero son aún más en tratándose de cualquier manifestación de belleza, de nobleza, de abnegación, de devoción, de agradecimiento, de valentía, o de algún sentimiento muy ingenuo, muy puro o muy infantil...

De manera que en ese momento, no era el sentimiento de mi duelo lo que trastornaba mi alma hasta ese punto y, para decir verdad, me veo obligado a confesar que ese duelo no me afligía en lo más mínimo. Me entristecía ver sufrir a mi madre, pero poco me dolía el separarme de ella. No, no lloraba yo de tristeza sino de admiración por ese corazón que jamás daba entrada a nada vil, que sólo latía por los demás, que sin cesar se ofrecía al deber, no tanto por deber como por inclinación natural.

Me parece que ahí tenemos una emoción esencial

y eternamente humana, no obstante su aparente particularidad. Esa madre y ese hijo pertenecen a todos los tiempos y a todos los países, y esas son las lágrimas que todos hemos derramado en una de aquellas horas de nuestra existencia en la que nos embargaba un dolor sagrado.

Por otro lado, tenemos que citar los brillantes trozos poéticos, de un estilo notable, que le sirven para describir los lugares que conoció durante su estancia en el campo, paisajes trazados con mano maestra en los cuales la propiedad de los términos adquiere una exactitud científica de la que ignoramos el origen. Gide sobresale en la pintura de los caracteres, como lo prueban los retratos de sus profesores, de sus camaradas de infancia, de sus parientes, de sus amigos. La serie de croquis de los artistas y de los escritores que conoció en París, en particular en casa de Mallarmé, en el momento en que comenzó a frecuentar los medios literarios, conservará siempre un interés histórico. El tema que domina el libro entero, verdadero enigma psicológico, es su amor místico por su prima Emanuela a quien desea ardientemente hacer su esposa, no obstante el conocimiento profundo que tiene de su propia naturaleza, y a la cual terminará por desposar. ¿Por qué se casa? ¿Es acaso verdaderamente porque su corazón, siguiendo una ley que le es completamente personal, sigue otros caminos que su sensualidad, que en él Eros y el sexo son dos cosas absolutamente distintas? ¿Es acaso porque retrocede ante la idea de apartarse para siempre de lo normal y de la vida? ¿O bien, su yo sensible, en origen y por su esencia profunda, por sus mismas raíces no se encamina naturalmente hacia el ser femenino y el divorcio de la sensualidad y de la ternura mística, cuyo resultado es la busca del ser del mismo sexo, se ha producido únicamente en una región superior y más cercana al espíritu? Existen observa-

Ensayo sobre Andrés Gide

dores muy juiciosos que todavía ahora, por atrevida que parezca semejante teoría, sostienen que la homosexualidad, pura e innata, no existe en realidad. Las Memorias que estudiamos establecen claramente que la mujer jamás ha cesado de desempeñar «a pesar de todo» un cierto papel en la vida del autor. En verdad, su papel comienza muy temprano y aparece bajo la forma de un traumatismo preñado de consecuencias. Entonces Gide era un chiquitín de cuatro a cinco años «cubierto de un ridículo trajecito a cuadros, acurrucado entre las faldas de su madre, de aspecto enfermizo y malhumorado, con la mirada bizca». Le obligan a besar en la mejilla a una prima, bonita y joven, que tiene el traje abierto. En vez de hacerlo indicado, fascinado por el brillo exquisito del escote, «presa de quién sabe qué vértigo», muerde la espalda desnuda. La prima grita, la espalda sangra, él aúlla y escupe con asco, en tanto que se lo llevan de la habitación. Incidente nefasto y de lo más curiosos. Ha aprendido a conocer el objeto del deseo, la carne, y, por medio de los dientes, ha sentido en su boca el gusto de la sangre. ¿Será acaso por eso que más tarde persigue y alcanza la ilusión de la voluptuosidad en compañía de jóvenes árabes y se niega a conservar otra cosa que no sean las sensaciones más delicadas y depuradas para la mujer?

Vuelvo a hojear estas páginas y me reprocho haber malgastado mi papel y no haber insistido acerca de los puntos más importantes. Debería haber hecho un retrato más preciso de ese ser tan seductor en sus contradicciones, de ese carácter de una profunda complicación y tan extraordinario por su inclinación innata a la rebeldía y a la perversión, de esa naturaleza de artista fría y astuta, y al mismo tiempo, generosa, tierna, alegre; también debería haber analizado en qué forma obra la música en él, hasta el punto de influir en su estilo, como él mismo lo dice: es

la música «absoluta» que le atrae, la música de cámara; no gusta de la música literaria y polifónica de Wagner, a pesar de que ésta era objeto de un verdadero culto en casa de Mallarmé.

También hubiera sido necesario hablar de la «historia natural» de sus libros y estudiar sucesivamente algunos de sus personajes; tal es el inquietante pastor Próspero Vedel de los *Falsos Monederos*, que se encuentra ya esbozado en sus Memorias, y los proyectos a los cuales ha renunciado, como ese, grandioso, de la novela política, el cual, en el momento que lo tachó del programa de su vida, provocó esta observación:

Las dificultades de un tema conviene reconocerlas a medida que se le trabaja; descorazonaría verlas de golpe.

En una palabra yo debería haber pensado antes en la necesidad de ser breve.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.